

# Editorial

## Voces, palabras, imágenes: la escuela que pasa por las letras

*A tres personas que me han mostrado el mundo de las narraciones: Eduardo, con historias de vida que animaron mi infancia; Alberto, que puso en mis oídos las historias de la "secta de la tiza y el tablero", y Marcela, que me ayudó a encontrar las historias propias*

En la punta de un lápiz se esconden barcos, aviones y monstruos, pero también enloquecidos garabatos. Pero, ¿cuánto puede dibujar un lápiz?

Doneiger (2008)

Un lápiz también contiene palabras; tantas, que sirven para contar las historias de la escuela, la vida de maestros y maestras, desde diversas fronteras de estos territorios amplios, difusos y dispersos que son la educación y la pedagogía.

Igualmente, un lápiz puede servir para marcar límites, para dibujar señales, para construir convenciones que nos ayuden a recorrer ese mapa de acontecimientos cotidianos que dibuja la existencia en las escuelas.

Además, un lápiz nos sirve para definir las vivencias de la escuela, de una que está en nuestra memoria, manifiesta en imágenes y recuerdos diversos de los años escolares, tallada en la disciplina de nuestros cuerpos, vivida en múltiples aprendizajes que se repiten o actualizan cada día, presente en la literatura y el cine.

La escuela se distribuye por muchos escenarios, preguntas, palabras y expresiones, en muchos vocablos, versos y estribillos: "la escuela de Doña Inés" de la canción *Camino viejo*; "la escuela de la vida" que canta la salsa, o "la escuelita de Doña Rita" para significar una escuela pequeña y tradicional. Esas escuelas están en los recuerdos musicales, en las palabras contenidas, en los comentarios cotidianos o en los relatos extraordinarios sobre la vida en las aulas.

Nuestra escritura sobre la escuela es un camino para saber de *qué está hecho el mañana* de la educación, a partir de este día a día que se escribe, se relata, se narra, se cuenta, se dice.

El mañana de la escuela está hecho de palabras y voces, de historias contadas por maestros y maestras para dar cuenta de sus teorías, sus comprensiones, sus modos de aproximación a la enseñanza, de sus estilos...

Ese mañana está hecho de este *ahora* que se construye con el relato, la narración, la lección, la letra escrita, los algoritmos, los límites geográficos y los héroes de los libros de texto.

El *hoy* de la escuela está hecho de interioridades que se vuelven exteriores, de vivencias y acontecimientos que se narran para compartirse, para dar cuenta de los silencios y pensamientos de maestros y maestras, de invenciones que toman la forma de una crónica: "Quiero ser cronista. Es una forma de ser escritor que me parece bien. Para ser cronista hay que escribir sobre cosas que uno ha visto y decir la verdad" (Farías, 2008: 42-43).

Las crónicas sobre la escuela nos muestran una escenografía poco convencional, diferente, única, pues nos hablan de una escuela que respira, que vive, de una que se impregna de los sujetos que la habitan, de los sueños que la imaginan, de las tensiones que la desbordan. Como bien lo dice Frank McCourt: "en todo colegio hay dos mundos: el mundo del profesor de aula y el mundo de los administradores y los supervisores [...]" (1999: 368). Los relatos de maestros y maestras muestran las formas múltiples de la vida que fluye en las aulas, a diferencia del espacio ordenado y métrico que se vive del otro lado de ellas. Las voces de maestros y maestras logran develar esa oposición de espacios, tiempos, órdenes y disposiciones.

Cada relato, narración, historia o experiencia nos compone la imagen de una escuela: única, real; de un contexto en el que suceden acciones. Es una voz que conforma un contexto.

Escribir es hablar de cosas que todo el mundo sabe, pero que no sabe que sabe. Explorar este conocimiento, desarrollarlo y compartirlo, le proporciona al lector el placer de viajar maravillado por un mundo que conoce bien (Pamuk, 2007: 32).

Cada voz es un escenario, un espacio, un lugar, una perspectiva; un modo de mirar, de decir, de ver. Cada relato expresa una necesidad de escribir. Cada relato es, además, punto de la identidad de maestros y maestras, de las múltiples identidades que toma el oficio, de los modos de ser que se viven en las escuelas.

Y cuando decimos identidad de maestros y maestras, también decimos diferencias en el oficio, en las formas, las herramientas o las relaciones.

A propósito de la lectura que hizo Francesco Tonucci de los diarios de clase de Mario Lodi, retomo sus palabras:

[...] me perdí en ese "mundo" hecho de dibujos y de palabras, de relatos cotidianos y de poesía, de experiencias científicas y de fantasía. Tras esos signos han ido tomando forma, lentamente, los rostros de los niños, sus sentimientos y sus esfuerzos, los mecanismos de su conocimiento, de su voluntad de expresarse. Junto a ellos, el adulto, el maestro con sus propuestas, su proyecto educativo, su método y sus técnicas (Tonucci, 1996: 7).

Las palabras de maestros y maestras sobre su oficio dejan abiertos muchos interrogantes. No son palabras que cierran una realidad, pues sus palabras dan cuenta de lo que intuyen, lo que creen, lo que suponen, dejando una línea de comprensión para lo que hubiera podido ser de otra manera. Es como si dejaran abierto el relato al acontecer del lector o de la lectora, al encuentro de una palabra con una mirada, de una voz con un oído, de una perspectiva con otra.

Cuando un maestro baja a la escuela de La Paloma a escribir su autobiografía como manera de pensar su vida y su magisterio y de preservar la memoria de su mundo cubierto de niebla, los niños camina por los ríos y observan cómo el agua que trae la niebla escurre de las hojas de los árboles, de las rocas y se junta hasta formar riachuelos y caer en el gran río que atraviesa el bosque. Dibujan detalles y escriben historias sobre el agua, la niebla y los árboles. Están muy orgullosos (Parra, 2011: 35-36).

El maestro o maestra que relata, entra a escena, no como observador u observadora omnisciente, sino como relator/a de su realidad, como observador/a de sus condiciones, como pensador/a del saber pedagógico que se mueve por las aulas. Ello nos da una idea de presencia referida a la mirada y a la voz, a la escena: "Escribir es verter en palabras esa mirada hacia el interior, y estudiar con paciencia, obstinación y alegría un mundo nuevo según se va cruzando por el interior de uno mismo" (Pamuk, 2007: 16).

Las letras de maestros y maestras son un viaje, su viaje, por la escuela, el aula, la pedagogía; ellas son una especie de marca, de pasaporte que identifica a un practicante de la escritura, a alguien que ensaya las palabras para comprender, para conocer. Con la escritura, maestros y maestras recuperan espacios, visibilidades, ocupaciones, lugares, posiciones. Dice Pamuk: "ser escritor es descubrir, luchando pacientemente durante años, la segunda persona que se esconde en el interior de uno y el universo que convierte a esa persona en lo que es" (2007: 15).

Con la escritura, maestros y maestros recogen el tiempo, el ido, el que se vive, el por venir, pues en su escritura pueden ir y volver, detenerse, esperar, realizar cortes temporales y elegir qué contar, qué decir. Así, parafrasear,

seando a Pamuk (2007: 62), la escritura de los maestros y las maestras es la capacidad de hacer que el lector y la lectora diga: "yo también iba a decir eso pero no he sido capaz de ser tan maestro". Esto es, capaz de ver con otros ojos, de reconocer los espacios, los acontecimientos, a otros y otras; capaz de vincular mi cotidianidad con una tradición que me acoge y permite servirme de ella como referencia para comprender mi acción.

Maestros y maestras hacen de la escuela su cabana para la escritura. Así como hicieron Martin Heidegger, Ludwig Wittgenstein, Virginia Woolf, y tantos otros al construir espacios íntimos para la escritura, la escuela se convierte, por el arte de la escritura, en un espacio para el pensamiento, para el saber pedagógico. La escuela y sus espacios se tornan en un lugar para aguzar la mirada, intensificar las preguntas pedagógicas, estimular los interrogantes, ejercer su oficio. En la escritura, maestras y maestros oyen su propia voz y recogen en ella la tradición, lo que los inicia en un nuevo modo de ver, oír, hablar, de escuchar el silencio de sus movimientos, de sus pensamientos. Al decir de Jaime Alberto Vélez, "que, para el que sabe ver, cualquier cosa representa, al mismo tiempo, un interrogante y una evidencia" (2005: 23).

La escritura devela las formas del silencio, no como espacios entre las palabras, sino como formas de pensar que toman lugar en cada acción pedagógica. Escuchar el silencio, a través de la escritura, devela las tensiones, redime las culpas por las acciones que no resultan, enseña la multiplicidad de la vida escolar. La escritura indica que el saber pedagógico no se estanca o atrasa; siempre está en movimiento, alrededor de los actos de maestros y maestras, para adquirir sentidos. Tomando las palabras de Haruki Murakami, "Si escribir novelas es como plantar un bosque, entonces escribir cuentos se parece más a plantar un jardín" (2009: 7), podría decir que escribir relatos, crónicas o experiencias de maestros y maestras, es sembrar una materia y recoger la tradición pedagógica y ponerla a funcionar en la mirada y la voz.

En un video que circula en *You Tube* con la voz de Michel Serres, el filósofo francés dice: "Amar a alguien es oírle contar su vida y contarle la tuya. Y existir, por lo general, es el relato de tu vida" (s. f.). Tal vez sea escribir la celebración de la vocación, del oficio, el encuentro con el poder de ser partícipes de la "secta de la tiza y el tablero", herederos de una tradición de artesanos que construyen, con sus voces, la otredad.

Muchas tentaciones me asisten para cerrar este editorial: seguir dando vueltas alrededor de los conceptos, enunciar alguna que otra experiencia, retomar voces presentes sobre la escritura, recapitular de la mano de algún autor. Creo que, para ser coherente con lo que significa la escritura, también para mí como maestra, prefiero dejar la palabra a John Maxwell Coetzee, y decir algo breve, sutil, algo para dejar que las palabras de maestros y maestras sigan su cauce: "Al actuar sobre mí misma transformo el mundo. ¿Dónde termina ese poder?" (2005: 53).

También dar algo de lo que Douglas Wood indica en su libro *Lo que los maestros no pueden hacer*: "Nadie sabe por qué hay tantas cosas que los maestros no pueden hacer. A lo mejor es porque están muy ocupados haciendo lo que mejor saben hacer" (2003).

### Enseñarte a ti



Wood (2003)

Hilda Mar Rodríguez Gómez  
Directora

### Referencias bibliográficas

Coetzee, John Maxwell, 2005, *En medio de ninguna parte*, Barcelona Random House Mondadori.

Doneiger, Jorge, 2008, *Un libro en tamaño real*, España, Océano.

Fariás, Juan, 2008, *Un tiesto lleno de lápices*, 12.ª ed., Bogotá, Espasa.

McCourt, Frank, 1999, *¡Aja! Silo es*, Bogotá, Norma.

Murakami, Haruki, 2009, *Sauce ciego, mujer dormida*, 3.ª ed., Barcelona, Tusquets.

Pamuk, Orhan, 2007, *La maleta de mi padre*, Barcelona, Random House Mondadori.

Parra Sandoval, Rodrigo, 2011, *Faraón Angola*, Bogotá, Ediciones B.

Serres, Michel, s. f., El viaje enciclopédico de Michel Serres, *You Tube*, [en línea], disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=dfzAEmksbRQ>, (video: 4 min, 18 s), consulta: 15 de octubre de 2011.

Tonucci, Francesco, 1996, *Vida de clase. Cinco años con Mario Lodi y sus alumnos*, Buenos Aires, Losada.

Vélez, Jaime Alberto, 2005, *La baraja de Francisco Sañudo*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.

Wood, Douglas, 2003, *Lo que los maestros no pueden hacer*, México, Scholastic. Ilustraciones de Doug Cushman.